

Esperando buenas noticias

¡Consuelen, consuelen a mi Pueblo, dice su Dios! Hablen al corazón de Jerusalén y anúncienle que su tiempo de servicio se ha cumplido, que su culpa está paga, que ha recibido de la mano del Señor doble castigo por todos sus pecados.

Una voz proclama: ¡Preparen en el desierto el camino del Señor, tracen en la estepa un sendero para nuestro Dios! ¡Que se rellenen todos los valles y se aplanen todas las montañas y colinas; que las quebradas se conviertan en llanuras y los terrenos escarpados, en planicies! Entonces se revelará la gloria del Señor y todos los hombres la verán juntamente, porque ha hablado la boca del Señor.

Una voz dice: “¡Proclama!”. Y yo respondí: “¿Qué proclamaré?”. “Toda carne es hierba y toda su consistencia, como la flor de los campos: la hierba se seca, la flor se marchita cuando sopla sobre ella el aliento del Señor. Sí, el pueblo es hierba. La hierba se seca, la flor se marchita, pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre”.

Súbete a una montaña elevada, tú que llevas la buena noticia a Sión; levanta con fuerza tu voz, tú que llevas la buena noticia a Jerusalén. Levántala sin temor, di a las ciudades de Judá: “¡Aquí está tu Dios!” Ya llega el Señor con poder y su brazo le asegura el dominio: el premio de su victoria lo acompaña y su recompensa lo precede. Como un pastor, él apacienta su rebaño, lo reúne con su brazo; lleva sobre su pecho a los corderos y guía con cuidado a las que han dado a luz (Is. 40, 1-11).

*Fuiste propicio, Señor, con tu tierra,
cambiaste la suerte de Jacob;
perdonaste la culpa de tu pueblo,
lo absolviste de todos sus pecados .
Voy a proclamar lo que dice el Señor:
el Señor promete la paz,
la paz para su pueblo y sus amigos,
y para los que se convierten de corazón.
Su salvación está muy cerca de sus fieles,
y la Gloria habitará en nuestra tierra.
El amor y la Verdad se encontrarán,
la Justicia y la paz se abrazarán;
la Verdad brotará de la tierra
y la Justicia mirará desde el cielo.
El mismo Señor nos dará sus bienes
y nuestra tierra producirá sus frutos.
La Justicia irá delante de él,
y la Paz, sobre la huella de sus pasos (Sal. 85, 1-2 y 8-13).*

Queridos hermanos y hermanas, no deben ignorar que, delante del Señor, un día es como mil años y mil años como un día. El Señor no tarda en cumplir lo que ha prometido, como algunos se imaginan, sino que tiene paciencia con ustedes porque no quiere que nadie perezca, sino que todos se conviertan. Sin embargo, el Día del Señor llegará como un ladrón, y ese día, los cielos desaparecerán estrepitosamente; los elementos serán desintegrados por el fuego, y la tierra, con todo lo que hay en ella, será consumida.

Ya que todas las cosas se desintegrarán de esa manera, ¡qué santa y piadosa debe ser la conducta de ustedes, esperando y acelerando la venida del Día del Señor! Entonces se

consumirán los cielos y los elementos quedarán fundidos por el fuego. Pero nosotros, de acuerdo con la promesa del Señor, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva donde habitará la justicia.

Por eso, queridos hermanos, mientras esperan esto, procuren vivir de tal manera que él los encuentre en paz, sin mancha ni reproche. Tengan en cuenta que la paciencia del Señor es para nuestra salvación (2 Ped. 3, 8-15^o).

Comienzo de la Buena Noticia de Jesús, Mesías, Hijo de Dios. Como está escrito en el libro del profeta Isaías: Mira, yo envío a mi mensajero delante de ti para prepararte el camino. Una voz grita en el desierto: Preparen el camino del Señor, allanen sus senderos, así se presentó Juan el Bautista en el desierto, proclamando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. Toda la gente de Judea y todos los habitantes de Jerusalén acudían a él, y se hacían bautizar en las aguas del Jordán, confesando sus pecados.

Juan estaba vestido con una piel de camello y un cinturón de cuero, y se alimentaba con langostas y miel silvestre. Y predicaba, diciendo: «Detrás de mí vendrá el que es más poderoso que yo, y yo ni siquiera soy digno de ponerme a sus pies para desatar la correa de sus sandalias. Yo los he bautizado a ustedes con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo» (Mc. 1, 1-8).

La noticia del consuelo

La verdad es que la necesitamos, en verdad necesitamos una auténtica buena noticia. La esperamos con ansia, anhelamos el consuelo. Si quieren anúncienla a gritos desde lo alto o, si lo prefieren, susúrrrenla a nuestros corazones. O ambas a la vez. Lo que importa es que sea buena, que nos brinde ánimo, vida, esperanza.

Hoy se nos anuncia la buena noticia, la definen tres palabras la definen: Consuelo – Paciencia – Comienzo.

Isaías, el llamado segundo –los capítulos 40 a 55 del libro, es el profeta de la esperanza, es quien hace resonar el anuncio del consuelo.

Es un personaje muy especial, aunque vive y desarrolla su labor en tiempos de sufrimiento, se levanta con ánimo de entre los profetas que entonces anuncian la ira de Dios y de entre aquellos, que también los hay, los que se lamentan y lloran por lo que le pasa al pueblo. Isaías enciende con su poema la cálida luz de la esperanza.

Claro que comparte la humillación de los deportados a Babilonia. Cuando escribe este poema aún ha concluido el exilio. Sin embargo no duda en encender la esperanza, en animar a los desesperados, en iluminar el futuro.

Él no es más que una voz, una voz solitaria, una voz diferente. Para hacerse oír ha de subir sobre la colina de los pecados cometidos por el pueblo del cual es parte. Desde lo alto de esa dolorosa y humillante colina anuncia la esperanza, la alegría que vendrá. Afirma con fuerza que hay un Dios, un Dios que perdona, un Dios que ve al poder como servicio. Anuncia al Dios de la ternura, al Pastor soberano cuyo poder se manifiesta en el amor hacia su rebaño, hacia cada una de sus ovejas. Predica al Soberano divino que se preocupa por los frágiles, que está atento a sanar las realidades más dolorosas.

Consuelo es la Palabra que Dios pronuncia y con ella da lugar a una nueva realidad. No es un simple anuncio de ayuda, de socorro, de intervención de amor y servicio. El consuelo anunciado es Dios mismo, él consuela. Él es quien consuela porque interviene, realiza la esperanza, brinda la vida nueva.

Consuelo, servicio para la libertad

Nosotros también necesitamos consuelo. No estamos desterrados en Babilonia, pero el desconsuelo, la desilusión, el sentirnos impotentes e inútiles, nos debilitan, humillan y quebrantan nuestra fuerza y capacidad para ir adelante.

Consolar, en el sentido bíblico, no está circunscrito a aliviar y mitigar, significa sobre todo rehabilitar, restaurar, reconstruir en la fe, fortalecer para la marcha, consolidar los cimientos, afirmar el caminar. El consuelo es el antídoto frente a la desesperación. Es inhumano vivir sin consuelo, es imposible vivir sin él.

Cristo Jesús, después de haber compartido plenamente nuestra realidad humana nos brinda el consuelo: *Y yo rogaré al Padre y les dará otro Paráclito —el que defiende y brinda consuelo— para que esté siempre con ustedes, el Espíritu de la Verdad a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Ustedes, en cambio, lo conocen, porque él permanece con ustedes y está con ustedes (Jn. 14, 16-17).*

Nos brinda la Presencia que nos libra de todo aislamiento, la Presencia que se instala en medio de nuestra soledad para convertirla en lugar de comunión. La que se hace presente en medio de nuestra desesperación, vacío y agotamiento y levanta en ayuda de todos la fuerza de Dios.

Todos y cada uno necesitamos la Palabra divina de consuelo, la Palabra que nos libre de nuestras numerosas esclavitudes. Somos blanco indefenso de las plácidas costumbres, de las propagandas de todo tipo, de los conformismos, del bienestar como único fin, del trabajo obligado por nosotros mismos, necesitamos del consuelo, necesitamos de la obra del Espíritu de Dios, el renovador de la vida y la esperanza. Necesitamos que nos anime a ponernos encamino hacia el mundo nuevo, que nos aliente al éxodo y nos libre del destierro y la esclavitud, que nos haga libres por dentro.

La buena noticia de la paciencia

Cuando Pedro nos muestra el desfase sideral entre nuestros tiempos y el tiempo de Dios, pues para él: *Un día es como mil años y mil años como un día (2 Ped. 3, 8)*, nos ayuda a descubrir la paciencia sin fin de Dios. Cuando Dios dilata la respuesta o la acción es porque: *Tiene paciencia con ustedes porque no quiere que nadie perezca, sino que todos se conviertan (2 Ped. 3, 9).*

El tiempo que vivimos, el día que tenemos por delante, la hora de la que disponemos, no son otra cosa que el tiempo de la paciencia de Dios. Dios es paciente, en la tradición islámica este uno de los nombres de Dios: *Al-Haleem*. Paciente porque no se resigna, jamás renuncia a sus proyectos respecto de nosotros, los seres humanos, él espera con tenacidad algo distinto por parte nuestra.

Su paciencia, no es una espera inerte sino que es una provocación, un estímulo que nos alienta a usar para vida la prórroga concedida. La paciencia es el espacio de Dios en el que nos invita a novedad de vida. La paciencia de Dios es extremadamente comprometida —por parte de Dios mismo— y nos llama a comprometernos, a tomar nosotros y nosotras nuestro propio compromiso de vida. *¿O desprecias la riqueza de la bondad de Dios, de su tolerancia y de su paciencia, sin reconocer que esa bondad te debe llevar a la conversión? (Rom. 2, 4).*

La buena noticia de que un nuevo comienzo es posible

Comienzo de la Buena Noticia de Jesús, Mesías, Hijo de Dios (Mc. 1, 1).

Como inicio, esta forma de apertura descalificaría a cualquier ensayista, escribir: Comienzo a considerar el tema..., no conquista a ningún crítico de estilo. Pero a Marcos eso no le importa, las reglas de estilo no le preocupan tanto como el presentar la novedad. Quizás nosotros usaríamos una forma algo más elaborada, como: Todo se inició con la predicación de Juan, llamado el Bautista,... y así siguiendo...

Lo que hace Marcos es algo distinto, plantea el contemplar un nuevo comienzo, un nuevo principio. Si *al principio Dios creó el cielo y la tierra (Gn. 1, 1)*, ahora Marcos señala que el

evangelio, la noticia buena, es siempre un inicio, la posibilidad de comenzar de nuevo. El Evangelio es el principio, el comienzo del conocimiento de Cristo, el inicio de una vida con él, del camino recorrido con él. El Evangelio es principio, comienzo y fuente de la vida cristiana.

Cristo mismo se coloca al principio, al inicio, y marca la ruptura con el mundo viejo. Cristo señala a la novedad, al principio de la creación nueva. La resurrección acontece en el primer día de la semana y marca el inicio de lo nuevo. Abre, así, el capítulo de la esperanza y nos pone en camino hacia el futuro del Reino del amor.

Con esa introducción que estilísticamente podría calificarse de poco feliz, Marcos provoca una sacudida de tremendas proporciones, señala que acontece lo no esperado y sorprendente: Cristo nace, se hace presente en nuestra humana historia, llega. Cristo es el comienzo de lo nuevo, todo con él puede iniciarse, tener comienzo.

No nos quedemos llorando entre los escombros de nuestras modernas esclavitudes y bajo el peso de nuestros contemporáneos dolores y sufrimientos. Seguir a Cristo es dejar el mundo viejo y caminar con él en el nuevo.

Al mundo gozoso proclamad,

Ya vino su Señor

Llor sin par y sin cesar

Cantad al Salvador

Cantad al Salvador.

Cantad, cantad al Salvador

Isaac Watts